

LECTURA DE MANUEL CASTELLS- LA ERA DE LA INFORMACION –VOLUMEN II

CAPITULO 6: LA POLITICA INFORMACIONAL Y LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

Siglo XXI- Editores

La transformación de la política y los procesos democráticos en la “sociedad red” es profunda. Los principales factores inductores de esta transformación son las consecuencias de las nuevas tecnologías de información sobre el debate político y las estrategias de búsqueda del poder. La derecha, la izquierda y el centro deben procesar sus proyectos y estrategias a través de un medio tecnológico similar si quieren llegar a la sociedad y de este modo asegurarse el apoyo de suficientes ciudadanos para lograr el acceso al estado. Este medio tecnológico induce nuevas reglas de juego que, en el contexto de las transformaciones sociales, culturales y políticas presentadas en este libro, afectan de forma importante a la sustancia de la política. El punto clave es que los medios electrónicos (no solo la televisión y la radio, sino todas las formas de comunicación, como los periódicos e Internet) se han convertido el espacio privilegiado de la política. Sin ellos no hay posibilidad de obtener o ejercer el poder.

Hay un proceso de interacción de doble sentido entre los medios y su audiencia en cuanto al impacto real de los mensajes, que son deformados, apropiados y ocasionalmente subvertidos por la audiencia. En general, los medios están arraigados en la sociedad y su interacción con el proceso político es muy indeterminada, dependiendo del contexto, las estrategias de los actores políticos y la interacción específica entre un conjunto de rasgos sociales, culturales y políticos.

Al señalar el papel crucial de los medios electrónicos en la política contemporánea, afirmo que debido a los efectos convergentes de la crisis de los sistemas políticos tradicionales y del espectacular aumento de la penetración de los nuevos medios, la comunicación y la información políticas han quedado capturadas en el espacio de los medios. Fuera de su esfera solo hay marginalidad política. Lo que pasa en este espacio político dominado por los medios no está determinado por ellos: es un proceso político y social abierto. Pero la lógica y la organización de los medios electrónicos encuadra y estructura la política. Este encuadre de la política por su captura en el espacio de los medios, repercute no solo en las elecciones, sino en la organización política, en la toma de decisiones y en el gobierno, modificando en definitiva la naturaleza de la relación existente entre el estado y la sociedad, Y como los sistemas políticos se siguen basando en formas organizativas y estrategias políticas de la era industrial, han quedado obsoletos en cuanto a política y ven

negada su autonomía por los flujos de información de los que dependen. Esta es una fuente fundamental de la crisis de la democracia en la era de la información.

Para actuar en las mentes y voluntades de la gente, las opciones políticas en conflicto, encarnadas en partidos y candidatos, utilizan los medios como vehículo fundamental de comunicación, influencia y persuasión. Al hacerlo, en la medida en que los medios son relativamente autónomos del poder político, los actores políticos tienen que guiarse por las reglas, la tecnología y los intereses de estos. Los medios encuadran la política. Y puesto que el propio gobierno depende de la reelección o elección para un cargo se vuelve dependiente de la valoración diaria del impacto político de sus decisiones sobre la opinión pública, medido por las encuestas de opinión, los grupos seleccionados y los análisis de imagen. Además, en un mundo cada vez más saturado de información, los mensajes más efectivos son los más simples y los más ambivalentes, que dejan lugar para las propias proyecciones de la gente.

Pero, ¿Quiénes son los medios? ¿Cuál es la fuente de su autonomía política? ¿Y cómo encuadran la política? En las sociedades democráticas, los medios mayoritarios son, esencialmente, grupos empresarios cada vez más concentrados e interconectados a escala global, aunque, al mismo tiempo, están muy diversificados y se orientan hacia mercados segmentados. En la última década, la televisión y la radio de propiedad estatal han aproximado su conducta a la de los grupos de medios de comunicación privados para sobrevivir a la competencia global, y de este modo, dependen igualmente de los índices de audiencia. Para obtener unos buenos resultados de audiencia, se requiere un modo atractivo, y en el caso de las noticias, credibilidad. La credibilidad requiere una distancia relativa frente a las opciones políticas. Solo desde una posición de independencia creíble puede esta independencia apostarse de forma ocasional a un apoyo político franco y oportunista o a un trato financiero oculto a cambio de respaldo, mediante la difusión o supresión de información. Esta autonomía de los medios, arraigada en sus intereses comerciales, también encaja bien con la ideología de la profesión y con la legitimidad y la dignidad de los periodistas. Ellos informan, no toman partido. La información es fundamental. Los análisis de las noticias deben estar documentados, la opinión debe estar regulada y el distanciamiento es la regla. Este doble lazo de independencia, de las empresas y los profesionales, se ve reforzado por el hecho de que el mundo de los medios de comunicación está sometido a una competencia constante, aun cuando sea cada vez más una competencia oligopólica. Así pues, por una parte los medios deben estar próximos a la política y al gobierno como para acceder a la información, beneficiarse de la regulación y, en muchos países, recibir subsidios considerables, y, por otra parte, deben ser lo suficientemente neutrales y distantes como para mantener su credibilidad, siendo

de este modo los intermediarios entre ciudadanos y partidos en la producción y consumo de flujos de información e imágenes que son la base de la formación de la opinión pública, el voto y la toma de decisiones políticas.

Una vez que la política es apresada en el espacio de los medios, los propios actores políticos cierran el campo de la política de los medios organizando la acción política fundamentalmente en torno a los medios: por ejemplo, filtrando información para favorecer un proyecto personal o político determinado. De forma inevitable, esto conduce a contra-filtraciones, con lo cual los medios se convierten en el campo de batalla en el que las fuerzas y personalidades políticas, así como los grupos de presión, tratan de debilitarse mutuamente, para recoger los beneficios en las encuestas de opinión, en las urnas, en los votos parlamentarios y en las decisiones del gobierno.

Naturalmente, la política de los medios no excluye otras formas de actividad política. No obstante, con la excepción de las actividades para recoger fondos, el objetivo principal de estas formas de política individualizada es presentar a la persona, o el mensaje, en los medios, ya sea en las noticias de televisión de la franja de mayor audiencia, en la radio, o en un artículo de primera plana de un diario influyente.

Ni la televisión ni otros medios determinan los resultados políticos por sí mismos, debido precisamente a que la política de los medios es un ámbito contradictorio, donde actúan diversos actores y estrategias, con diferentes habilidades y resultados varios, a veces con consecuencias inesperadas. La *mediocracia* no contradice la democracia porque es tan plural y competitiva como el sistema político. Es decir, no mucho. No obstante, si consideramos el sistema previo de una democracia dominada por los partidos, donde las organizaciones de éstos, en buena parte aisladas de la mayoría de los ciudadanos, decidían por completo los programas y los candidatos políticos, es discutible cual sistema proporciona una participación más amplia de los ciudadanos.

No obstante, el tema crucial es que, sin una presencia activa en los medios, las propuestas o candidatos políticos no tienen posibilidad de reunir un apoyo amplio. La política de los medios no es toda la política, pero toda la política debe pasar a través de los medios para influir en la toma de decisiones. Al hacerlo, queda fundamentalmente encuadrada en su contenido, organización, proceso y liderazgo por la lógica inherente del sistema de medios, sobre todo por los nuevos medios electrónicos.

Los grupos de interés y los ciudadanos en general han empujado a las organizaciones de los partidos a los bastidores de la política, y han reforzado de forma extraordinaria el papel de los medios de comunicación: se han convertido en los intermediarios

privilegiados entre los candidatos y el público. Y como la publicidad en los medios y las campañas orientadas a éstos son muy caras, los candidatos han de acudir al apoyo de donantes privados y comités de acción política externos al sistema de partidos.

Lo que realmente importa no es tanto el hecho del que se informa sino el debate que se crea a su alrededor, cómo se debate, quién lo debate y durante cuánto tiempo se debate. La victoria, no la explicación o la aclaración, se vuelve el tema fundamental.

Los medios de comunicación se han convertido en el principal escenario político. Los especialistas en encuestas influyeron en forma decisiva en la estrategia de las campañas y se convirtieron en intermediarios clave entre los candidatos, los ciudadanos y los medios de comunicación. Junto con los asesores de imagen y los publicistas políticos, crearon campañas, programas, temas y personas, retroalimentando las tendencias de opinión en los informes de los medios de comunicación y viceversa.

Para comprender cómo la lógica de los medios encuadra la política, debemos hacer referencia a los principios generales que gobiernan las noticias de los medios: la carrera de los índices de audiencia, en competencia con el entretenimiento; el distanciamiento necesario de la política para inducir credibilidad. Todo ello se traduce en las asunciones tradicionales de la cobertura de noticias, tal como las identifica Gitlin: A las noticias les interesa el acontecimiento, no la condición subyacente; la persona, no el grupo; el conflicto, no el consenso; el hecho que “adelanta la noticia”, no el que la explica. Solo las “malas noticias” relativas a un conflicto, drama, tratos ilegales o conducta objetable son noticias interesantes. Puesto que las noticias se construyen cada vez más para que se equiparen a los espectáculos de entretenimiento o a los acontecimientos deportivos (y compitan con ellos), su lógica también lo hace. Requiere drama, suspenso, conflicto, rivalidades, codicia, engaño, ganadores y perdedores y, si es posible, sexo y violencia. Siguiendo el ritmo y el lenguaje de los deportes, se informa de la política como carrera de caballos, como de un juego interminable de ambiciones, maniobras, estrategias, contra-estrategias, con la ayuda de confidencias privilegiadas y encuestas constantes de opinión de los mismos medios. Estos proporcionan una atención decreciente a lo que los políticos tienen que decir.

La actitud distante de los medios de convierte en cinismo cuando literalmente todo se interpreta como un puro juego estratégico. La información de noticias proporciona la base para esos análisis, pero resultan considerablemente reforzados por los espectáculos de expertos que se construyen en torno a unos comentaristas vociferantes, maleducados y opuestos en todo, que – por supuesto- sonrían y se estrechan las manos al final, subrayando de este modo que todo es un espectáculo. Las valoraciones rápidas,

estridentes y sumarias de la política efectuadas por expertos de la televisión, cada vez más populares, repercuten de forma directa sobre la cobertura de los acontecimientos en las noticias de la televisión y en los periódicos. En otras palabras, las afirmaciones de los medios sobre la política se convierten en acontecimientos políticos por sí mismos.

Un encuadre adicional y esencial de la información de las noticias políticas es la personalización de los acontecimientos. Los políticos, no la política, son los actores del drama. Y como pueden cambiar sus propuestas programáticas mientras surcan las aguas políticas, lo que queda en la mente de la mayoría de la gente es la motivación personal y las imágenes personales como fuente de la política. Así pues, las cuestiones de carácter pasan al primer plano de la agenda política: el mensajero se convierte en el mensaje.

El encuadre de las noticias políticas se extiende al encuadre de la propia política cuando los estrategas juegan con los medios para influir en los votantes. Así, pues, como solo las malas noticias son noticia, la publicidad política se concentra en los mensajes negativos, orientados a destruir las propuestas del oponente, mientras el programa propio se presenta en términos muy generales. En efecto, los experimentos de la ciencia política muestran que es mucho más probable que se retengan los mensajes negativos y que influyan en la opinión política. Es más, como la política está personalizada en un mundo de creación de imágenes y culebrones, la difamación se convierte en el arma más potente.

Así pues, el seguimiento diario de los ataques personales y los contraataques, o la amenaza de hacerlo con acusaciones similares, se convierte en una parte fundamental de la vida política.

La creciente restricción de la exposición en los medios del contenido de las propuestas políticas (excepto en los medios segmentados ajenos a la audiencia de masas) lleva a una simplificación extrema de los mensajes políticos. Se escudriñan los complejos programas políticos para seleccionar unos cuantos temas clave que se destacarán para una amplia audiencia en términos dicotómicos: pro vida o pro planificación familiar, derecho de los gays o ataque a los gays; seguridad social y déficit presupuestario contra presupuesto equilibrado y desmantelamiento del seguro médico. La política de referéndum imita los concursos de la televisión, con la bocina electoral anunciando los ganadores y los perdedores, y las campanas (encuestas) preelectorales anunciando advertencias.

LA POLITICA INFORMACIONAL EN ACCION: LA POLITICA DEL ESCANDALO

¿Son nuestros sistemas políticos los más corruptos de la historia? Lo dudo. El uso y abuso del poder en beneficio personal es uno de los rasgos que consideraría propios de la “naturaleza humana” si tal entidad existiera. Esta es precisamente una de las razones por

las que la democracia se inventó y se convirtió en la forma de gobierno más buscada, si no ideal. Entre bastidores, en las situaciones en que el Estado controlaba la información, las elites políticas, tanto en los tiempos antiguos como en épocas recientes, establecían alegremente un sistema impositivo personalizado sobre sujetos y grupos de interés, estando las principales diferencias en el grado de arbitrariedad de los sobornos y en la disfuncionalidad variable de las contribuciones ocultas para la conducción de los asuntos públicos. Así, una primera observación apunta al hecho de que la denuncia de la corrupción podría ser precisamente un buen indicador de una sociedad democrática y de la libertad de prensa.

Así que, ¿por qué ahora? Si no es probable que la corrupción esté en su punto más alto de la historia, ¿por qué afecta de forma tan devastadora a los sistemas y actores políticos en la década del noventa? Hay diversos factores institucionales y tendencias macropolíticas que han debilitado los sistemas políticos, haciéndolos más vulnerables a la confusión creada en la opinión pública. La competencia política y la lucha por influir en el centro del espectro político del electorado han minimizado el contraste ideológico a medida que los partidos/coaliciones, una vez asegurado su núcleo de partidarios, se esfuerzan todo lo posible por arrebatar los temas y sus posiciones a sus adversarios. Esto se traduce en un desdibujamiento de las posiciones políticas y en la tendencia, por parte de los ciudadanos, de ser más sensibles a la fiabilidad de los partidos y candidatos que a sus posiciones ante los problemas. La personalización de la política también centra la atención en los dirigentes y en su carácter, con lo que se abre la vía para los ataques precisamente sobre esas cualidades como forma de ganar votos.

Todos estos factores parecen contribuir a que los sistemas políticos sean vulnerables a la corrupción. Pero hay algo más, algo que, en mi opinión, cambia la naturaleza de los sistemas políticos en las sociedades contemporáneas. Sostengo que *la política de los escándalos es el arma elegida para luchar y competir en la política internacional*. El argumento puede resumirse así: en general la política se ha encerrado en el espacio de los medios. Los medios se han vuelto más poderosos que nunca, tecnológica, financiera y políticamente. Su alcance global y su interconexión les permiten escapar de los controles políticos estrictos. Su capacidad para hacer periodismo de investigación y su autonomía relativa frente al poder político los convierte en la fuente principal de información y de opinión para la sociedad en general. No es que los medios sean el Cuarto Poder: son más bien el campo de las luchas por el poder. La política mediática es una operación cada vez más cara, encarecida aún más por toda la parafernalia de la política informacional: encuestas, publicidad, marketing, análisis, creación de imagen y procesamiento de la información. Los sistemas institucionales actuales de financiación política no están a la

altura de la tarea. Los actores políticos padecen una infra-financiación crónica, y la brecha entre los gastos necesarios y los ingresos legales ha aumentado de forma exponencial, y continúa haciéndolo. Así pues, tras agotar todas las fuentes legales, las aportaciones personales y los tratos comerciales, los partidos y los políticos suelen recurrir a la única fuente real de dinero: contribuciones bajo cuerda del mundo empresarial y los grupos de interés, a cambio, obviamente, de decisiones del gobierno a favor de sus intereses. *Esta es la matriz de la corrupción política sistemáticas, a partir de la cual se desarrolla una red en la sombra de negocios e intermediarios.* Una vez que la corrupción se extiende y después de que unas cuantas personas añaden su comisión personal a los canales de financiación política, todo el mundo de la política y los medios de comunicación sabe (o cree que sabe) que, si se mira de cerca y durante el tiempo suficiente, puede encontrar información perjudicial sobre casi todos. Entonces comienza la caza y los asesores políticos preparan munición para atacar o defenderse; los periodistas cumplen su labor como informadores de investigación, buscando material para incrementar su público y sus ventas; los mercenarios y chantajistas rastrean información que pueda utilizarse en un posible soborno o para vender a las partes interesadas. De hecho, la mayoría del material perjudicial publicado por los medios es filtrado por los propios actores políticos o por intereses comerciales asociados. Por último, una vez que se crea el mercado para la información política perjudicial, si no existe suficiente material bien definido, pueden aparecer las alegaciones, insinuaciones e incluso invenciones, dependiendo por supuesto, de la ética individual de los políticos, periodistas y medios de comunicación. En efecto, la estrategia de la política de los escándalos no pretende necesariamente dar un golpe inmediato a partir de un escándalo. Es el flujo constante de varios escándalos de diversas clases y con grados diferentes de verosimilitud, de la información seria sobre un incidente menor a alegaciones dudosas sobre un tema importante, el que teje el hilo donde las ambiciones políticas acaban estranguladas y los sueños políticos agostados, a menos que se haga un trato, con lo que se retroalimenta el sistema. Lo que cuenta es la repercusión final sobre la opinión pública, por la acumulación de muchos impactos diferentes.

El estadio superior de la política de los escándalos es la investigación judicial o parlamentaria, que lleva al procesamiento y, cada vez con mayor frecuencia, al encarcelamiento de dirigentes políticos. Los jueces, fiscales y miembros de las comisiones de investigación entran en una relación simbiótica con los medios de comunicación. Protegen a los medios (asegurando su independencia) y con frecuencia los alimentan con filtraciones calculadas. A cambio, son protegidos por los medios, se convierten en sus héroes y, a veces, en políticos de éxito con su apoyo. Juntos, luchan por la democracia y un gobierno transparente, controlan los excesos de los políticos y, en definitiva, sacan el poder del proceso político difundándolo en la sociedad. Al hacerlo, también pueden

deslegitimar a los partidos, a los políticos y, en última instancia, a la democracia en su encarnación actual. La política del escándalo, practicada en la década de los noventa contra el partido socialista español (que estaba) en el gobierno ofrece una ilustración interesante de este análisis.

Por qué y como ocurrió en España este bombardeo anti-socialista mediático/judicial que acabó cambiando el curso político del país, es un tema complejo. Como siempre la realidad es más compleja que cualquier hipótesis reduccionista. Puede aventurarse que se trata de una serie de factores entrelazados. Por un lado, y esto es esencial, hay una materia prima: muchos de los hechos “escandalosos” tenían una base real. La financiación ilegal de los partidos, de todos los partidos, es una gangrena de la democracia y se traduce en el tráfico de influencias como medio para mantenerse en el poder o para volver a él cuando se pierde. Al amparo de la hegemonía socialista en todos los niveles de la administración florecieron prácticas de corrupción de distinto tipo, desde el ladronzuelo municipal hasta el tiburón financiero, y los controles fueron obviamente ineficaces en muchos casos. Un factor significativo para entender la amplitud de la corrupción se refiere a la cultura del dinero fácil (frecuentemente confundida con el triunfo del mercado) en los años felices del auge socialista. Quienes estaban cerca de las fuentes de enriquecimiento pero no podían beneficiarse directamente tuvieron que asumir una santidad cotidiana que era tanto más heroica cuanto la mayoría de cuadros socialistas de la administración carecían de verdadera motivación ideológica y eran, en su gran mayoría, recién llegados a la política, al transformarse el PSOE en un partido de aluvión por su rápido éxito en los albores de la democracia. Por otro lado, la escasa transformación del aparato policial y militar heredado del franquismo tuvo su secuela, no solo en la persistencia de prácticas de terrorismo de estado, sino en la alianza de dirigentes socialistas con un sector de dicho aparato contra el sector más reaccionario, alianza por la que hubo que pagar un tributo: el de condonar en la práctica, al menos en los primeros tiempos, la tortura, la venganza y la represión policial al margen de la ley. Sobre este trasfondo de actos ilegales o en los márgenes de la ley, se jugaron estrategias de información/desinformación que conectaron los materiales susceptibles de escándalo con la opinión pública mediante la utilización de los medios de comunicación que, a su vez, buscaron esos materiales y su difusión, como medio de acrecentar su influencia, sus ventas y su prestigio profesional. Sí parece que hubo conspiraciones, si por ello entendemos grupos de intereses organizados que diseñaron estrategias de difusión de informaciones (verdaderas, falsas, o medias verdades) para favorecer sus intereses. Pero probablemente no hubo una gran conspiración, sino muchas conspiraciones parciales, entrecruzadas, aliadas u opuestas según los momentos y según los casos.

Así pues, en definitiva y prescindiendo de la motivación personal o intereses empresariales específicos, los medios de comunicación afirmaron su poder de forma colectiva y, en alianza con el poder judicial, trataron de que la clase política española aprendiera la lección para el futuro. En cualquier caso, lo verdaderamente pertinente para nuestro propósito analítico es la utilización de los escándalos políticos y de su difusión en los medios de comunicación como el arma fundamental de actores políticos, sectores empresariales y grupos de interés para luchar entre sí. Al hacerlo, transformaron la política española para siempre, situándola preferentemente en el ámbito de los medios de comunicación.

Lo característico de la política del escándalo es que todos los actores políticos que la practican quedan atrapados en la misma trama. El cazador de hoy es la presa de mañana.

Una lección, es la ofrecida por la evolución de la política italiana: la influencia empresarial abrumadora de los medios no equivale al control político en la política informativa (caso Berlusconi). El sistema mediático, con sus vinculaciones simbólicas con las instituciones judiciales y procesales de la democracia, establece su ritmo propio y recibe señales de todo el espectro del sistema político, para transformarlas en ventas e influencia, sin que importe el origen y el destino de las repercusiones políticas. La regla de oro es que lo más valioso es lo que tiene mayor repercusión en una situación determinada. Una vez que un político o partido pierde la importancia, no vuelve a ser tema de las noticias. El sistema político queda absorbido en la turbulencia interminable de los informes, las filtraciones, las contra-filtraciones y la creación de escándalos de los medios. En la política del escándalo, como en otros ámbitos de la sociedad red, el poder de los flujos arroja a los flujos de poder.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

El estado-nación, definidor del dominio, los procesos y el objeto de la ciudadanía, ha perdido gran parte de su soberanía, socavada por las dinámicas de los flujos globales y las redes trans-organizativas de riqueza, información y poder. Particularmente crítica para su crisis de legitimidad, es la incapacidad del estado para cumplir sus compromisos como estado de bienestar, debido a la integración de la producción y el consumo en un sistema global interdependiente y los procesos relacionados de reestructuración capitalista.

A la crisis de legitimidad del estado-nación debemos añadir la crisis de credibilidad del sistema político, basada en una competencia abierta entre los partidos políticos. Atrapado en el ámbito de los medios, reducido a un liderazgo personalizado, dependiente de una compleja manipulación tecnológica, empujado a una financiación ilegal, arrastrado por los

escándalos políticos, el sistema de partidos ha perdido su atractivo y su fiabilidad y, a todos los fines prácticos, es un resto burocrático, privado de la confianza pública.

Como resultado de estos tres procesos convergentes e interactuantes, la opinión pública y las expresiones individuales y colectivas muestran una desafección creciente y fundamental hacia los partidos, los políticos y la política profesional. Sin embargo, este escepticismo hacia los partidos mayoritarios y la política, no significa necesariamente que la gente ya no vote o que no le preocupe la democracia. Pero existen claras expresiones de un alejamiento de la política creciente en todo el mundo, a medida que la gente observa la incapacidad del estado para resolver sus problemas y experimenta el instrumentalismo cínico de los políticos profesionales.

No obstante, por ahora, la mayoría de la gente de la mayor parte de los países sigue constreñida en sus elecciones por el peso de las instituciones, las maquinarias políticas y las tradiciones políticas. En estas circunstancias, un indicador adicional de desafección política al sistema de partidos tradicional es la volatilidad del electorado en todo el mundo, que hace caer partidos gobernantes y acelera el ritmo de la alternancia política. La gente, descontenta y descorazonada, cambia de una opción a otra con velocidad creciente, experimentando, en la mayoría de los casos, desengaños sucesivos. Con cada nueva decepción, se deteriora la moral, se consolida el cinismo y se desvanece la esperanza.

Como resultado de las tendencias presentadas, está apareciendo otro rasgo importante: la fragmentación creciente del sistema político.

Como consecuencia de estos hechos, en términos generales, no estamos asistiendo a la retirada de la gente de la escena política, sino a la penetración del sistema político por la política simbólica, las movilizaciones por problemas concretos, el localismo, la política de referéndum y, sobre todo, el apoyo específico al liderazgo personalizado. Con los partidos políticos desvaneciéndose, ha llegado el tiempo de los salvadores. Ello introduce una impredecibilidad sistémica. Podría resultar en una regeneración personalizada de la política. Pero también podría acabar en una llamarada demagógica que desintegrara las instituciones políticas, pusiera en peligro la estabilidad mundial o lanzara un nuevo asalto a la razón.

Cualquiera que sea el futuro, lo que la observación del presente parece indicar es que estamos presenciando la fragmentación del estado, el carácter impredecible del sistema político y la singularización de la política. Puede que siga existiendo libertad política, ya que la gente continuará luchando por ella. Pero la democracia política, tal y como la

concibieron las revoluciones liberales del siglo XVIII y se difundió por el mundo en los siglos XIX y XX, se ha convertido en un cascarón vacío. No es que sea una “democracia formal”: la democracia vive de esas mismas “formas”, como el sufragio universal secreto y el respeto a las libertades civiles, pero las nuevas condiciones institucionales, culturales y tecnológicas del ejercicio democrático han vuelto obsoleto el sistema de partidos existentes y el régimen actual de política competitiva, como mecanismos adecuados de representación política en la sociedad red.

CONCLUSION: ¿RECONSTRUIR LA DEMOCRACIA?

Existen tres tendencias particularmente importantes para el futuro de la política informacional.

1) La recreación del estado local

Esto parece estar floreciendo, particularmente cuando los gobiernos regionales y municipales colaboran mutuamente y extienden su alcance a la descentralización vecinal y la participación ciudadana. Cuando se suman los medios electrónicos (comunicación vía PC, o las emisoras de televisión y radio locales para extender la participación y la consulta de los ciudadanos, las nuevas tecnologías contribuyen a aumentar la participación en el gobierno local, y se demuestra la posibilidad de reconstruir vínculos de representación política para compartir los desafíos de la globalización económica y el carácter impredecible de la política. Existen límites obvios a este localismo ya que acentúa la fragmentación del estado- nación. Pero, estrictamente, por lo que se puede observar, las tendencias más vigorosas de legitimación de la democracia a mediados de la década de los noventa se están dando, en todo el mundo, en el ámbito local.

2) La oportunidad que ofrece la comunicación electrónica para incrementar la participación política y la comunicación horizontal entre los ciudadanos, sorteando el control de los medios.

Los ciudadanos podrían formar, y están formando, sus propias constelaciones políticas e ideológicas, evitando las estructuras políticas establecidas y creando, de este modo, un ámbito político adaptable. Sin embargo, a las perspectivas de una democracia electrónica se le pueden dirigir serias críticas, como ya se está haciendo. Por una parte, si esta forma de política democrática surgiera como un instrumento de debate, representación y decisión importante, sin duda institucionalizaría una forma de “democracia ateniense” tanto nacional como internacionalmente. Es decir, mientras que una elite relativamente pequeña, culta

y rica de unos cuantos países y ciudades tendría acceso a una herramienta extraordinaria de información y participación política que mejoraría realmente la ciudadanía, las masas incultas y desconectadas del mundo y el país permanecerían excluidas del nuevo núcleo democrático, como lo estuvieron los esclavos y los bárbaros en los inicios de la democracia en la Grecia clásica. Por otra parte, la volatilidad del medio podría inducir una acentuación de la “política espectáculo”, con sus explosiones de modas y mitos, una vez que el poder racionalizador de los partidos y las instituciones fuera sorteado por los flujos de talentos políticos repentinamente convergentes y divergentes. (...) Mientras los partidos políticos y las campañas organizadas controlen el proceso político, la participación electrónica de los ciudadanos será relegada en la política informacional a las elecciones formales y la toma de decisiones.

- 3) El desarrollo de la política simbólica y de la movilización en torno a causas “no políticas”, sea electrónicamente o de otro modo, es la tercera tendencia que puede darse en el proceso de reconstrucción de la democracia en la sociedad red.

Las causas humanitarias, como las apoyadas por Amnistía Internacional, Médicos sin Fronteras y Greenpeace y cientos de miles de grupos activistas y organizaciones no gubernamentales, tanto locales como globales de todo el mundo, son el factor movilizador proactivo más vigoroso en la política informacional. Estas movilizaciones se desarrollan en torno a temas que gozan de un amplio consenso y que no están necesariamente alineados con uno u otro partido político. En definitiva, su horizonte es actuar sobre el proceso político, es decir, influir en la gestión de la sociedad que realizan los representantes de esta. Pero no utilizan necesariamente y, de hecho no lo hacen con mucha frecuencia, los canales de representación política y toma de decisiones, por ejemplo, eligiendo sus candidatos para el puesto. Estas formas de movilización política, que podrían definirse como política no partidista, orientada a un tema concreto, parecen obtener cada vez mayor legitimidad en todas las sociedades y condicionar las reglas y resultados de la competición política formal. Relegitiman la preocupación por los asuntos públicos en las mentes y vidas de la gente. Lo hacen introduciendo nuevos procesos políticos y nuevos temas políticos, con lo que contribuyen a la crisis de la democracia liberal clásica, mientras que fomentan la aparición de la democracia informacional, aún por descubrirse.